

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO C
Sb 9, 13-19; Sal 89; Flm 1, 9-10.12-17; Lc 14, 25-33

Caminaba con él mucha gente y, volviéndose, les dijo: "Si alguno viene junto a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puedes ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío." Porque ¿Quién de vosotros, que quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla? No sea que, habiendo puesto los cimientos y no pudiendo terminar, todos los que lo vean se pongan a burlarse del él, diciendo: "Este comenzó a edificar y no pudo terminar. O ¿Qué rey, antes de salir contra otro rey, no se sienta a deliberar si con diez mil puedes salir al paso del que viene contra él con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz. Pues de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío".

El evangelio de esta semana pone en evidencia que si no ponemos a Jesucristo como el centro de nuestra existencia, por encima de nuestros intereses y proyectos, si no nos disponemos a aceptar nuestra propia cruz, a la luz de la cruz gloriosa de Cristo, no podemos ser discípulos de Él, no podemos llamarnos cristianos. Es importante ver que los evangelios no solamente contienen parábolas y milagros de Jesús, que nos revelan quien es El y cuál es su misión; si no que también estos dichos y hechos de Jesús nos van revelando la radicalidad de la vida cristiana.

El creyente es invitado a un cambio radical de visión de la vida, del mundo; en el Salmo 127, el salmista dice: "...si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los constructores..."; porque si solamente vivimos o dejamos vivir el evangelio desde presupuestos que solo implican una visión personal de la vida; estamos lejos de la visión de la vida cristiana. Toda la liturgia de esta semana es una llamada a la libertad interior y al crecimiento del hombre interior. Y solo en el seguimiento de Cristo la vida cristiana nos da la libertad y nos lleva al autentico crecimiento, por lo tanto estamos cerca a las puertas del Reino, si somos fieles a la vida cristiana en nuestra existencia. Como dice San Pablo en la Carta a los Gálatas: "...para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud..." (Gal 5, 1).

No por casualidad en el evangelio de la presente semana por tres veces se repite la expresión: "...no puede ser discípulo mío...". Esto está implicando que para ser discípulo de Cristo hay que observar, aceptar y poner en práctica lo que el Maestro nos enseña, de otra manera no se puede ser discípulo. En este sentido para que en nosotros se dé la Vida Nueva, para poder vivir la vida cristiana, debemos seguir y hacer nuestro lo que nos dice el Maestro. Y por tanto, el cristianismo no es

resultado de una simple adhesión, sino que es fruto de una unión íntima con Dios que se expresa en una Vida Nueva, porque nosotros la unión con Cristo nos transforma en hombres nuevos-nos crea-por la gracia del Espíritu Santo.

El discípulo es, por tanto, un hombre que se despegaba de todo. Es la primera condición exigida para serlo. No se puede servir a dos señores. Ese desapego querido para ser una persona incondicionada y seguir a Jesús, caracteriza o debería caracterizar a todo cristiano. Por eso, dada su importancia capital, su necesidad se expresa en términos duros y un tanto agresivos para nuestra mentalidad. San Lucas quiere manifestar esta radical exigencia, y se complace en enumerar la lista de los objetos de nuestra afección que deben pasar, en caso de conflicto, a un segundo término. En la lista de esos objetos a los que hay que renunciar, no olvidar la propia vida: "renunciar a su mismo".

En tal sentido, la expresión odiar, a la que hace referencia el evangelio, no se debe entender solo como poner a Dios primero o como posponer todas las cosas para poner en primer puesto a Dios. El término odiar, no significa no querer al otro, es todo lo contrario, en la medida en que yo me hago uno con Dios y vivo de este amor de Dios, puedo amar a todos los hombres por la gracia del Espíritu Santo, tal como Cristo nos ha amado a todos nosotros y renunciar o dejar todo aquello que nos pueda apartar de la voluntad y del Amor de Dios, por eso dice Cristo: "...quien es mi madre mi hermano, mi hermana, aquel que hace la voluntad de mi Padre ..."

Hay en este evangelio palabras de Cristo que a simple vista suscitan desconcierto: "...Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío...", palabras duras, ciertamente, pero ya el evangelista Mateo se apresura a explicar el sentido de la palabra "odiar" en este caso: "El que ama a su padre o a su madre...a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt 10, 37). Por eso que el odiar, en el sentido cristiano, no debe ser entendido desde una concepción propia de la vida, sino desde el querer vivir unido a Dios, y por lo tanto, rechazando todo lo que me pueda alejar de Él; el evangelio al final dice: "...el que no renuncia a todos bienes no puede ser discípulo mío...", o que está significando que no podemos unirnos plenamente a Dios si construimos nuestra vida apoyados sobre algo distinto de Él. Pues nosotros muchas veces queremos construir nuestra vida según nuestros propios planes: apoyados en los afectos, en nuestra posición social, en nuestra autosuficiencia, en nuestro prestigio. Si Jesucristo es lo absoluto en nuestra vida, no debemos tener miedo a las adversidades de cada día: "... El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío..."

Por ello estimados hermanos, no vayamos, ni gastemos nuestra vida ni el tiempo en las añadiduras que hoy de manera cautivante la sociedad moderna nos ofrece;

ya el evangelio de Mateo, nos dice: "...BUSQUEMOS EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA Y LO DEMAS SE NOS DARA POR AÑADIDURA..."

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar.